
Cinco pensadores debaten sobre la “injerencia humanitaria” y el caso de Libia

“Guerra humanitaria”: ¿una coartada para las (pre)potencias occidentales?

Nuria del Viso

Responsable del Área de Paz y Seguridad, CIP-Ecosocial

Los bombardeos de la OTAN en Libia han reabierto de nuevo el debate sobre “guerra humanitaria”. Asentada en el pensamiento de la guerra justa y más recientemente en la teoría de la “responsabilidad de proteger”, la “guerra humanitaria” se ha convertido en un instrumento utilizando recurrentemente en la post guerra fría, en un contexto en el que la única superpotencia reajusta su poder en el mundo y la OTAN busca su razón de ser. Bajo el elegante embalaje de su teoría, los argumentos que apuntalan el concepto de “guerra humanitaria” resultan más que dudosos. CIP-Ecosocial ha planteado tres preguntas a cinco pensadores de distintas disciplinas y trayectorias. Sus respuestas ponen de manifiesto las trampas que encierra este concepto.

1. ¿Sobre qué razones se puede asentar la noción de “guerra humanitaria”? ¿Qué criterios podrían utilizarse para su aplicación en un conflicto específico?

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY

Catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad Pompeu Fabra



– Hablando con propiedad, no ha habido nunca, ni hay, ni habrá “guerra humanitaria”. La expresión es un oxímoron que se suele emplear para justificar políticamente lo injustificable moralmente. Toda guerra es por definición anti-humanitaria, destructora y aniquiladora de seres humanos.

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

Presidente de la Fundación Cultura de Paz

– La “guerra” repele calificativos como “justa”, “humanitaria”, etc. Puede llegar a ser –cuando se han agotado todas las acciones preventivas– necesaria, siempre bajo el mandato de una institución en la que se hallen representados todos los Estados.



Esta es la misión de las Naciones Unidas, que nacieron en San Francisco en 1945. Como tan lúcidamente establece la Carta: “Nosotros, los pueblos... hemos resuelto evitar el horror de la guerra a las generaciones venideras”.

Pero, al poco tiempo, los países más poderosos de la Tierra se enzarzaron en una carrera armamentística, la de las superpotencias, al término de la cual (fin de la “guerra fría”) los “globalizadores neoliberales” cambiaron los principios democráticos por el mercado y las Naciones Unidas por grupos plutocráticos (G-6, G-7, G-8...) para la gobernación mundial. El desastre está a la vista.

ALEJANDRO POZO

Investigador del Centre Delàs (Barcelona) y del Instituto Interuniversitario de Desarrollo Social y Paz (IUDESP)



– La expresión “guerra humanitaria” representa un contrasentido, dado que la guerra es la antítesis de lo humanitario. Nos cuesta interiorizar lo que significa una guerra, quizá porque nunca la podremos comprender en su justa medida, a no ser que la hayamos sufrido. Quizá por eso la banalizamos y justificamos tanto. En realidad, hoy sería poco oportunista no recurrir a una etiqueta que parece

legitimarlo todo. De hecho, no ha existido una sola intervención militar española que no haya sido justificada total o parcialmente como “humanitaria”.

El concepto y debates en torno a la intervención *humanitaria* son herederos de la larga trayectoria de la teoría de la *guerra justa*. Su versión actual es la llamada “responsabilidad de proteger”.

Los criterios en los que tradicionalmente se ha asentado la *guerra justa* son: a) causa justa; b) último recurso (ausencia de alternativas); c) proporcionalidad (uso limitado a la fuerza necesaria, con expectativas razonables de que se producirá más bien que mal); y d) recta intención (en pro de *la paz* y evitando la crueldad, la gloria u otras ganancias), entre otros.

MIGUEL ROMERO

Editor de la revista [Viento Sur](#)



– La “guerra humanitaria” viene siendo el uso habitual por parte de las grandes potencias de la “injerencia humanitaria”, un supuesto derecho, trasvasado desde las ONG a la política internacional en los años setenta con resultados desastrosos, ejercido en nombre de víctimas a las que no se reconoce capacidad autónoma para decidir sobre sus necesidades y objetivos, ni siquiera para ser consideradas “víctimas”, puesto que son quienes ejercen la “injerencia” los que deciden quien es “víctima” y quien no lo es.

“Guerra humanitaria” es una contradicción en sus propios términos, un oxímoron. En una guerra puede haber causas justas, puede haber intervenciones solidarias sobre el terreno en apoyo a uno de los contendientes: la guerra civil española es un ejemplo. Pero en estos casos hay que identificar los intereses en conflicto y dar las razones para apoyar a unos frente a otros. Por el contrario, el adjetivo “humanitario” oculta los intereses de quien lo hace suyo, para legitimar una guerra ante la ciudadanía. Es una manipulación grosera con la que se nos acosa cada día.

CARLOS TAIBO

Profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid



– No hay ninguna manera convincente de defender las “guerras humanitarias”. Estas poco más son que una forma razonablemente eficiente de encubrir la defensa de intereses –geoeconómicos, geoestratégicos, electorales...– en absoluto vinculados con lo humanitario. En otra de sus dimensiones, las intervenciones en cuestión obedecen al propósito de convencernos de que las fuerzas armadas de las potencias occidentales –y con ellas la principal institución que opera de paraguas –la OTAN– son un instrumento vital para resolver problemas que en buena medida se derivan de la existencia de esas mismas fuerzas armadas. Para cerrar el círculo, faltan los ejemplos de acciones militares que lo sean para frenar los desmanes de los aliados de las potencias occidentales –Israel, Turquía o Marruecos–, circunstancia que hace de las intervenciones supuestamente humanitarias un ejemplo cabal del doble rasero de nuestros gobernantes.

2. Después de las experiencias con “intervenciones humanitarias” que se han realizado desde los años noventa con resultados que van de poco concluyentes (Bosnia) a abiertamente desastrosos (Somalia, Irak y Afganistán) ¿siguen siendo válidos los argumentos que las justifican?

Francisco Fernández Buey: – Desde el punto de vista moral está justificado rebelarse contra los tiranos. Y desde el punto de vista político está justificado ayudar a los que se rebelan contra los tiranos. Pero dicho eso (lo que, por cierto, no suelen decir los partidarios de las intervenciones militares) y precisamente por lo que sabemos sobre las experiencias que se mencionan, parece evidente que hay que poner límites a la injerencia o intervención por motivos humanitarios.

Se suele aceptar (con algunas reservas) que, en el mundo actual, la ONU sigue siendo el único sujeto legitimado para una intervención de ese tipo, lo que no implica necesariamente el reconocimiento de la injerencia como parte del derecho internacional. Incluso sin entrar en la discusión sobre la necesidad de una reforma democrática de la ONU, habría que limitar la intervención al uso de *fuerzas de interposición* y descartar, por tanto, la utilización de medios bélicos. La razón de eso es, a estas alturas, bastante obvia: las consecuencias del uso de medios bélicos, sobre todo cuando estos son superiores a los que ya se utilizan en tales o cuales conflictos, suelen ser peores que el mal que se pretende evitar por motivos humanitarios. El infierno está empedrado de buenas intenciones (y no digamos de pretextos). No debería haber, pues, intervención, ni siquiera de fuerzas de interposición, cuando no se han prospectado ni agotado otros medios de negociación político-diplomáticos.

Federico Mayor Zaragoza: – Como director general de la UNESCO, condené firmemente en 1999 la intervención en los Balcanes, y la indebida invasión de Kosovo porque carecía de la anuencia del Consejo de Seguridad. Lo mismo hice, ya como ciudadano, ante la invasión de Irak, motivada por intereses energéticos y geoestratégicos, por la codicia. La historia juzgará muy severamente –por haber mentido y por las innumerables víctimas– a los líderes y comparsas de las Azores. Tampoco en este caso –como en los otros ejemplos que cité– se contaba con la autorización de las Naciones Unidas.

Tengo la esperanza de que, a la vista de lo sucedido, “los pueblos” ya no tolerarán más que ejerzan la gobernación planetaria los grupos G.

Alejandro Pozo: – Nunca lo fueron. La teoría es sólida y resulta difícil no estar de acuerdo. Pero en la práctica, los argumentos no funcionan, sencillamente porque falla el sistema en el que se enmarca esa teoría. Seamos claros: la motivación principal para iniciarse en intervenciones militares es el propio interés (de los Estados y sus élites). Si existen otras razones, serán muy secundarias.

Sabemos que cuando la policía privilegia los derechos de unos ciudadanos frente a los de otros, su función se pervierte y su razón de ser queda en entredicho, tanto más cuanto mayor sea la selectividad y la arbitrariedad. Extrapolando el concepto, también conocemos que existen pocos actores más selectivos, a escala planetaria, que la OTAN. Pretender funciones policiales en un mundo que considera la dignidad de unos seres humanos mucho más prioritaria que la de otros y que, a sabiendas de cómo podría superarse esta situación y teniendo la capacidad para ello, no prioriza a las personas frente al poder o el capital, supone reincidir en los análisis superficiales sin transformar el fondo. Aplicar la ideología humanitaria implica un

derecho cosmopolita centrado en las personas (y no en los Estados). Parece que nos interesa más *quién mata* que *quién muere*. Sabemos que fallecen unos diez millones de niños cada año antes de cumplir los cinco años, la gran mayoría debido a la pobreza y la malnutrición. En un mundo en el que, en la *normalidad*, el bienestar de la gran mayoría de las personas está subordinado a los intereses de una pequeña minoría, no es creíble que se pretenda salvaguardar con tanto esfuerzo la dignidad de los perjudicados en situaciones *excepcionales*.

Algunos de los argumentos que invitan a recelar de la enésima versión de la *guerra justa* son: primero, la cuestión sobre qué autoridad decide cuándo actuar (¿puede ser China, por ejemplo?); segundo, la constatación de que las potencias solo intervienen allí donde sus intereses están en juego, sean externos (estratégicos o económicos) o internos (electorales), mientras que, en otros lugares en los que se registran masacres, el objetivo es no intervenir, precisamente como consecuencia de esos mismos intereses; tercero, que muchos de los problemas que propician la operación militar fueron promovidos por los mismos intervinientes (transferencia de armas o legitimación de líderes, entre otros), quienes, además, no rinden cuentas; finalmente, que se reduzca la respuesta, en esencia, a su vertiente militar y de *emergencia*. Más apropiada que la metáfora del bombero, es la del bombero pirómano.

¿Quiere decir esto que no debemos hacer nada? Todo lo contrario. No es cierto que solo podamos elegir entre la cobardía de la indiferencia y el sufrimiento que provoca una lluvia de Tomahawks, ni que, en un contexto mundial profundamente interdependiente y globalizado, no estén disponibles mejores maneras que han demostrado ser más eficaces y mucho menos dañinas. Aceptar la guerra como un mal menor, con sus soluciones de urgencia, quirúrgicas (pero con enormes “daños colaterales”), rápidas, mediáticas y espectaculares, esconde errores cometidos, diluye responsabilidades y legitima la inacción en otros sectores mucho más relevantes para la *protección* de las personas.

Miguel Romero: – El balance de las “intervenciones humanitarias” es más claro cuando a las que se hacen se añaden las que no se hacen: Palestina, Chechenia, Sierra Leona... y si incluimos la crisis actual en los países árabes, Siria, Yemen, Bahrein atacado por Arabia Saudí...

Incluso en situaciones extremas, como la que se dio en Ruanda en la primera mitad de los años noventa, es muy discutible que una intervención militar hubiera contribuido a crear una solución justa y estable a medio plazo. La experiencia de la intervención en las guerras de los Balcanes lleva a una conclusión similar.

Teóricamente, sería positivo contar con una fuerza de interposición internacional que pudiera intervenir en algunos conflictos especialmente graves. Pero no existe el organismo internacional cualificado política y moralmente para hacerlo. Por el contrario, los que toman las decisiones están totalmente descalificados para actuar en nombre de los derechos humanos, incluyendo al Consejo de Seguridad de la ONU.

Carlos Taibo: – No lo han sido, a mi entender, en momento alguno. Desde mucho tiempo atrás hemos podido comprobar cómo cualquier intervención militar que responde, con toda evidencia, a objetivos obscenos nos es presentada como si se sustentase en una excelsa condición humanitaria. Ello se ha visto facilitado, bien es cierto, por la existencia de problemas reales –no puede negarse que estos se hacían valer en Bosnia, en Kosova, en Somalia o en Iraq– que, a mi entender, nada han tenido que ver con las razones de fondo invocadas para justificar las acciones militares occidentales. Que los derechos humanos eran conculcados en Kosova me parece indisputable; la afirmación de que esa fue, sin embargo, la razón de la intervención de la OTAN me parece una lamentable superstición.

3. ¿Cómo valora estas consideraciones en el caso de Libia?

Francisco Fernández Buey: – Creo que lo dicho en la respuesta anterior vale también en el caso de Libia. Las comparaciones que ahora se vienen haciendo, por parte de los *hunos* y de los *hotros* (que diría Unamuno), están fuera de lugar: el caso de Libia no es equiparable al de Irak, pero tampoco es equiparable al de la España de 1936. Esas comparaciones son pretextos politiqueros, pretextos para acogotar a la buena gente, pacifista y no-violenta, pretextos que se olvidarán pronto, cuando empiece el recuento de los muertos. Ya ahora mismo la intervención de las potencias aliadas está yendo más allá de lo que dice el mandato de la ONU. Eso es algo inevitable cuando se pone en marcha un dispositivo militar como el de la OTAN. Por otra parte, y aun sin entrar en las contradicciones e hipocresías de las potencias que están interviniendo en Libia contra el régimen de Gadafi, tampoco hay duda, en este caso, de que existen otros medios no-bélicos de intervención positiva y proactiva en el conflicto en favor de los que se rebelan (desde el embargo de las cuentas bancarias de los mandamases hasta el aislamiento político de ese régimen, pasando, como digo, por la interposición de fuerzas no-violentas). Eso es lo que están proponiendo, creo que razonablemente, las personas que se han manifestado contra la guerra.

Federico Mayor Zaragoza: – He escrito mucho sobre Libia. Advertí hace mucho tiempo que en cuanto la gente dispusiera de medios de participación no presencial la movilización sería imparable. Luego, Irán, China, Túnez, Egipto... lo han demostrado plenamente.

Tratándose de un país con un líder atípico y carente de estructuras parlamentarias, etc., pero al que han estado agasajando y vendiendo armas en grandes cantidades hasta hace unas semanas, lo adecuado habría sido dar todo el apoyo a unas Naciones Unidas (*¡unidas!*) como exclusivo interlocutor *antes* y no después de tener lugar los dislates que se han cometido.

Está claro: la próxima vez, *primero* las Naciones Unidas y no después, y ahora procurar una urgente mediación, sin amenazar con Tribunales Penales porque, como ya lo he dicho, es un capítulo que necesita una revisión de conjunto para decidir quiénes deberían ser también juzgados.

Alejandro Pozo: – Me opongo firmemente a la intervención militar occidental. En mi opinión, no se trata de una “excepción”. Creo que las motivaciones de los países participantes están estrechamente relacionadas con sus intereses energéticos, con sus presiones internas (escándalos, tensiones partidistas o cuestiones electorales), con influir en las protestas en Oriente Próximo y en una eventual Libia post-Gadafi y/o con ganar peso (y favor) internacional y/o regional. Considero a la intervención ilegal e hipócrita. Es cierto que existe una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que autoriza “todas las medidas necesarias”, pero también lo es que lo que se está haciendo en Libia no se ajusta a esa autorización (como derrocar a Gadafi, combatir junto a los rebeldes o canalizarles armas, como sucede desde Egipto). Por el otro lado, opino que es hipócrita que los mismos dirigentes que hace apenas siete semanas abrazaban a Gadafi (George Bush le felicitó en 2008 por “su contribución a la paz del mundo”) e incrementaban con creces su cuenta de ahorros, sus arsenales y su poder (¿alguien va a rendir cuentas por ello?), ahora le señalen como la madre de todos los males. El régimen de Gadafi fue infame en Libia antes y después de su acercamiento a Occidente, y están bien documentadas sus continuas injerencias en otros países armando y financiando a grupos rebeldes y regímenes totalitarios que han masacrado a la población civil.

Si de apelar a la *guerra justa* se trata, en mi opinión no se cumplen sus criterios. No existe *recta intención* (porque esas otras “ganancias” son evidentes), no se trata de una opción de *último recurso* (a día de hoy, todavía no se han impuesto en Italia las sanciones obligatorias de la ONU y la UE, pero, en definitiva, ¿de verdad no se nos ocurren otras opciones?); y no existe *proporcionalidad*, porque no observo expectativas razonables de que se producirá más bien que mal al provocar la escalada. Creo que los medios de comunicación (algunos parecen estar haciendo campaña pro-intervención más que periodismo) no han puesto sobre la mesa preguntas como si no habrá represión contra lo que se percibe como pro-Gadafi (ya se ha producido), qué pasará con el grupo Gadafa, quiénes son los rebeldes o cuál es la probabilidad de una nueva guerra civil en la Libia post-Gadafi, entre muchas otras cuestiones.

Miguel Romero: – Hay algunos aspectos que me parecen claros, y otros sobre lo que me resulta difícil tener una opinión concluyente. Está claro que el régimen de Gadafi es una dictadura criminal, que se ha sostenido fundamentalmente por el apoyo de las grandes potencias y, aunque de esto se habla menos, de las grandes compañías petroleras que explotan los recursos del país; que la rebeldía contra él es legítima; y que la intervención militar responde a los intereses geoestratégicos de los aliados, el primero de los cuales es garantizar que un futuro gobierno post-Gadafi será tan sumiso, al menos, como lo ha venido siendo el dictador. El problema más complejo está en que, sin la intervención, es muy probable, por no decir seguro, que Gadafi habría aplastado a la rebelión, provocando una masacre. La intervención ha frenado, precaria y provisionalmente, la victoria de Gadafi. Pero sus consecuencias a medio y largo plazo serán desastrosas para la emancipación no sólo del pueblo libio, sino también de todos los pueblos árabes. Como dice Rony Brauman, «si un médico sólo dispone de un martillo para hacer una operación a corazón abierto, no la hace. Los martillos no son la solución». El derrocamiento de Gadafi debe ser obra autónoma del pueblo libio rebelde. Se debería haber apoyado

su acción autónoma, suministrándole armas y bloqueando a la dictadura, desde el comienzo de la rebelión. Pero precisamente, la intervención militar busca evitar a cualquier precio una Libia soberana post-Gadafi.

Carlos Taibo: – Es un ejemplo más de intervención interesada asestada por quienes crearon buena parte de los problemas que presuntamente han acudido a resolver. El currículo penal de las potencias occidentales –su miserable condición de la mano de la defensa obscena de privilegios e intereses– incapacita a aquellas para asumir, en ningún lugar, la defensa de causas justas. No creo que nadie piense en serio que a EE UU, a Francia, al Reino Unido o a España les preocupan los derechos conculcados a la población libia por un dictador impresentable que se ha fotografiado repetidas veces con todos nuestros gobernantes.